

más principalmente estriba el futuro engrandecimiento de México, cuya administración reside en el elemento mestizo por causas que omitimos señalar.

Por lo que respecta á nuestra clase indígena, es, salvo raras excepciones, en su mayor parte rural, y dado el lamentable atraso en que se encuentra, poco ó nada tiene que esperar la patria de ella, mientras el Estado no le imparta su poderosa ayuda, procurando ilustrarla, llevándole al efecto la ciencia, *en su propia lengua*, para hacerse amable y preparar así la fusión lenta, hábil y honrada de esa raza, con las otras dos más cultas, activas y laboriosas.

Los indígenas anteriores á la conquista, fueron en su mayoría de carácter emprendedor, altivo y laborioso, como lo demuestran los restos de su civilización que hasta nosotros han llegado; pero nuestros indios actuales son, por el contrario, de carácter estacionario, tímido y perezoso. Huyen del trato con los otros dos elementos, prefiriendo á las ciudades, sus pobres chozas escondidas en medio de los pliegues de las montañas, donde llevan una vida oculta y miserable.

Es tiempo de dirigir una mirada compasiva sobre esa raza envilecida y degradada que miramos con el más cruel y vil desprecio, é impartirle ayuda y protección. Si el Estado, por medio de la enseñanza iluminara las tinieblas en que yace su obtuso entendimiento, la apartaría de los bordes del abismo que la espera; pero si no hace caso de ella, él mismo se constituye en su verdugo, precipitando su agonía.

Es un error de muchos creer con el mal prevenido escritor holandés Paww, en sus investigaciones filosóficas sobre los americanos, que, nuestros indios son incapaces de ilustración. Es cierto que la mayor parte de las razas aborígenes son una rémora para el progreso; pero nuestra población india ha dado multitud de pruebas que demuestran ser susceptible de él. Del seno de esa raza, sumida al presente en la más vil abyección, salieron el insigne hijo de Guelatao, que llevó á cabo ideales, como ninguno de nuestros prohombres, y cuya figura, á medida que los años transcurren, aparece ante

nosotros más grande y más bella, y circundada con fulgores de gloria; y literatos ilustres como Don Ignacio Ramírez y Don Ignacio M. Altamirano.

¿Y quién pondrá en tela de duda que en el seno de esa raza se encuentren acaso cerebros todavía mejor conformados, sólo que, por falta de ilustración, llegan á la tumba sin dejar ninguna huella de su peregrinación por la superficie de la tierra? Indudablemente que ninguno, porque ante la lógica de los hechos la razón es obvia de por sí.

En ilustrar, pues, no sólo á nuestros indios, sino también á una gran parte de los mestizos en la que predominan multitud de prejuicios que conviene extirpar, y en corregir á la vez por medio de una educación moralizadora el carácter perezoso, indolente y antipatriótico de la mayor parte de nuestra clase trabajadora, está la solución del difícil problema económico-social que desde hace tiempo se viene debatiendo entre nosotros.

El día que nuestras analfabetas masas se encuentren instruidas, acabarán para siempre la mayor parte de los males que al presente las aquejan, porque tendrán entonces, mayor esfera de acción para poder procurarse, sin dificultades, el sustento y el vestido, abrigarán ambiciones para el porvenir, y, finalmente, serán productivas y consumidoras en mayor escala, porque al presente tan sólo consumen en razón de lo que producen.

Conocidos ya los dos principales factores del progreso en nuestro país, pasemos á tratar de las industrias que más deberán estimularse en México, para lograr que ocupe un puesto ventajoso como nación productora.

INDUSTRIAS.

Las industrias son tan antiguas como la humanidad misma, cuyos orígenes se pierden en la noche del pasado.

El conjunto de los esfuerzos que el hombre aplica sobre la materia, ha dado nacimiento á industrias cuyo fin principal es la vida y el progreso.

Hay industrias que se ocupan en extraer de la naturaleza las materias primas, informes y toscas, como la agricultura, la minería, la ganadería, la caza y la pesca; otras, que metamorfosean las materias primas ó en bruto, haciéndolas más adaptables á nuestros usos, como los establecimientos fabriles y los industriales propiamente dichos, en los que quedan comprendidos los talleres mecánicos; y por último vienen otras, cuya misión principal es aproximar al consumidor las materias primas, ó ya elaboradas, como las industrias de transporte ó comerciales, que facilitan en extremo el cambio de efectos y valores.

Las industrias extractivas son las que más debemos estimular los mexicanos, porque en ellas más principalmente estriba el engrandecimiento de México y su puesto ventajoso como país productivo.

En las industrias extractivas se contienen en germen todas las demás industrias de que hemos hablado, y que, entre nosotros, se encuentran en la infancia de su desarrollo. En nada nos aprovecharían numerosos y bien montados establecimientos industriales de elaboración, así como fáciles y seguros medios de transporte, sin la materia prima, núcleo principal en cuyo derredor gravitan las actividades todas de los hombres.

Dados el medio y la raza de que México dispone, tiene forzosamente que ser un país agrícola y minero, antes que manufacturero y comercial.

La agricultura que según Ganilh es el arte de dirigir la fecundidad natural del suelo hacia las producciones necesarias, útiles y agradables al hombre, se encuentra en México en un atraso lamentable, á pesar de los muchos años que de existencia lleva. Pasarán todavía muchos lustros para que llegue á alcanzar el desarrollo que desde hace tiempo viene demandando á gritos de los que á ella se entregan, y que no han logrado emanciparse del todo, de las añejas y rutinarias prácticas que entre nosotros se han hecho tradicionales.

La agricultura que en otro tiempo fué mirada por el hombre como un ejercicio innoble, como un trabajo degradante y miserable, es sin embargo uno de los ejer-

cicios, quizá el más grandioso, y una de las primeras conquistas bienhechoras que el hombre haya alcanzado sobre la tierra, al abrirle las entrañas para enterrar el prolífico grano que, más tarde, le ha de procurar el pan, precioso alimento que separa los pueblos salvajes de la comunión de los civilizados, y sin el cual la humanidad habría perecido en su misma cuna, sin haber dejado ningún vestigio de su efímera existencia.

Conocida es la terrible y fisiológica frase del divino Homero que, hablando de un pueblo degradado y maldito, lo designó con sólo estas palabras: "no comía pan."

La agricultura no debe ser mirada por nosotros con desprecio, por ser una de nuestras principales fuentes de riqueza; es cierto que demanda sudores y cuidados de parte del labrador; pero esto no quiere decir que sea un castigo; no es un castigo, es un sacrificio del que nacerán más tarde las revoluciones que remueven la naturaleza y la humanidad.

Para que en México se desarrolle y perfeccione la agricultura, se requiere, ante todo, la intervención directa del Gobierno Central y de los Estados, á fin de que procedan desde luego á la creación de "Escuelas Prácticas" de agricultura, á la manera como se encuentran establecidas en Francia y Bélgica, donde han dado resultados muy satisfactorios; y al establecimiento de "Haciendas ó Granjas modelos," dotadas con todos los elementos que la ciencia agrícola requiere. Es cierto que la fundación de dichos establecimientos demanda crecidas inversiones de numerario; pero estamos seguros, y sin peligro de equivocarnos, de que los benéficos resultados que con su fundación se obtengan, bastarán no sólo á su sostenimiento, sino que á la vez reembolsarán al Estado de las cantidades invertidas, produciendo también mayores rendimientos al Erario, porque como es bien sabido, los impuestos que sobre la producción gravitan están en razón directa de ésta.

Francia y Bélgica donde desde hace años se dió un impulso poderoso á la agricultura por medio de la fundación de "Escuelas Regionales," pueden servirnos como ejemplo.

Y si se constituyen á la vez, numerosas Sociedades de crédito agrícola, la campaña de regeneración, en lo que respecta á la agricultura, será de mejores éxitos, porque entonces la mayor parte de nuestros agricultores se verá libre de caer en manos de la terrible usura que, al presente, la deja en la mendicidad más espantosa.

Manos pues á la obra, y no cejar ni un ápice en la lucha, ni desmayar en ella! Que la clase agrícola de México opte en primer lugar por nutrir su espíritu con sublimes y regeneradoras enseñanzas, y después por la introducción en el cultivo, previa una legislación prudente, para no hacer más tarde un paria del obrero mexicano, de muchas de las máquinas que en estos últimos años ha producido el genio del hombre, y que, como sabemos, á pesar de los prejuicios dominantes en la mayoría, no sólo facilitan el trabajo y lo apresuran, sino que á la vez centuplican la producción, abaratando los artículos por la mayor oferta y produciendo al propietario mayores rendimientos.

Es cierto que las máquinas presentan un grave inconveniente, cual es el de monopolizar el trabajo, y esto principalmente en naciones populosas, donde la lucha por la vida se vuelve cada día más encarnizada. Pero entre nosotros no hay que abrigar tales temores, porque dada la densidad de la población de México, todavía muy exigua, pues apenas habrá de 6 á 7 habitantes por kilómetro cuadrado, hay la imprescindible necesidad de suplir la falta de esfuerzos, por medio de las máquinas en las que se encuentran almacenadas las energías materiales del hombre.

La mayor parte de las plagas que de año en año aquejan á la agricultura, no son sino consecuencia inmediata de la falta de conocimientos por parte de los agricultores, esclavos del terruño, al que permanecen adheridos como la ostra á la roca. No negamos que son buenos prácticos; pero la práctica sin la teoría no basta; se requiere que las dos coexistan.

El día que nuestra clase agrícola se encuentre ilustrada y puesta en contacto con los adelantos modernos,

podrá sin ningún embarazo, entregarse al cultivo, siendo entonces relativamente pocos los obstáculos con que tropiece en sus labores. El agricultor ilustrado no será ya un simple espectador de los fenómenos que en su derredor se operan, sino que procurará, hasta donde sus facultades se lo permitan, investigar sus causas inmediatas y primordiales, así como su correlación y consecuencias.

El cielo, eterno regulador de las sementeras, cederá el puesto á la Meteorología y la Geografía; el arado egipcio, la hoz, el punzón y las eras, serán proscriptos para siempre por las máquinas como las sembradoras, las segadoras y las trilladoras; los abonos de las tierras se enriquecerán más, mediante los conocimientos químicos, y, finalmente, la Botánica enseñará al agricultor la manera de clasificar y mejorar las especies, hibridarlas, y duplicar así su vida y su producto.

Dados el clima, la constitución del suelo y la calidad de las aguas, miles son las especies vegetales susceptibles de cultivo en nuestro país; pero dada también la falta de brazos, habremos de cultivar por lo pronto las especies más indispensables para la vida, y las más productivas.

Hay que estimular, en primer término, el cultivo de los cereales, por ser artículos de primera necesidad, y que prosperan demasiado bien en la Mesa Central.

Muchos son los inconvenientes que la tierra fría, la más extensa de la República, presenta para el cultivo, por carecer en su mayor parte de aguas corrientes, tan indispensables para la agricultura. La carencia de agua da lugar á las muchas dificultades con que el labrador tropieza á cada paso, para llevar á cabo sus labores. Las sementeras quedan por lo regular á merced del período de lluvias que empieza en Mayo y termina en Septiembre, y cuando, por desgracia, llegan á escasear las aguas pluviales, las cosechas se pierden, y la miseria cunde bien pronto por todas partes, cebándose más principalmente en la clase menesterosa, que, sin embargo, se encuentra muy lejos de ofrecer la desgraciada situación que presenta el proletariado europeo, roído